

con los grabados originales que el propio Tablada coloreó, trazando así con pintura lo que con sus palabras iba dibujando sutilmente, tal como lo dicta la preceptiva del haikú.

JESÚS GÓMEZ MORÁN

*Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)*

Monclús, Antonio. *En los mares de otoño*. Granada (España): ANLEGEU (Grupo Editorial Universitario), 2015. 104 p. ISBN: GR-84-16361-66-3. Impreso.

Dedicado a Carmen, su esposa y compañera, *En los mares de otoño*, el nuevo poemario de Antonio Monclús, se divide en tres partes bien definidas: 1. ‘Versos de otoño’; 2. ‘Gris color del horror’; y 3. ‘Destellos del misterio’. En esta estructura tripartita, como de sonata beethoveniana, suenan todas las voces del poeta, la del dolor y la de la alegría, la de la tristeza y la de la desesperanza. Si bien en su poemario anterior, *Atardecer, deseo azul* (2014), se recogían ya poemas de temática semejante al que hoy comentamos –el amor y el desencanto, la memoria y el olvido–, *En los mares de otoño* se aprecia, con un mayor calado, una urgencia que desemboca a veces en el desaliento, en la angustia. No hay rupturas entre un poemario y otro: ambos, hijos de un mismo pensar, de un mismo sentir, se complementan.

Acerquémonos a algunos de los poemas de la primera parte. En “Crepúsculo”, palabra clave de todo el libro, aparecen fugazmente –como “equivalencias” de Alfred Stieglitz–, diversos estados de ánimos, con predominio de los de un carácter pesimista, frecuentemente teñidos de oscura y machadiana melancolía: “mórbida”, “crepúsculo”, “perdido”, “absurdo”. Con el poema “Tenuemente”, el poeta parece decirnos –recordarnos– que si de niños los colores nos iluminaban –el azul del cielo, el verdigris del mar, los blancos muros del patio–, a medida que nos acercamos a la adultez y por último a la vejez, esos colores han ido difuminándose hasta quedar reducidos a pálidos reflejos de su antaño resplandor. No es fácil, y para muchos descabellado, conservar incólume aquel paraíso perdido. Muy pocos lo consiguen, aunque para ello baste sólo un corazón de niño.

Son escasos en este libro los poemas que pudiéramos llamar puramente “eróticos” (valga el oxímoron). Una excepción la consti-

tuiría el titulado “Himnos antiguos”, de erotismo muy buñueliano, perverso incluso, por mor de esa morbosa coyunda entre religión y sexo, muy del gusto surrealista. “Cual diana” es un encendido, apasionado, canto al amor como principio y motor del mundo, capaz de hacerles frente al odio, a la guerra, al horror de nuestro tiempo.

En “París en círculo nostálgico” desfilan imágenes, fotogramas sepias, de una juventud ya ida, en un espacio y tiempo histórico concreto, la ciudad del Sena en el 68, año de ‘L’ imagination au pauvoir!’, grito juvenil de esperanza por un mundo mejor, más justo, menos violento. El poeta recuerda aquellos días, que fueron, si no felices, al menos ilusionados. Pero más que acontecimientos políticos se evoca aquí el mundo del arte y la literatura en aquellos días parisenses: “Gauguin, Toulouse”, “viejas ediciones antiguas de Verlaine y Rimbaud” (en sordina aquella España franquista, páramo intelectual, inquisitorial, cavernícola).

“Ideas sin nave” es un alegato en contra de la arrogancia del poder y la soberbia del dinero (véase Trump), condena de una sociedad, embelesada por los cantos sirénidos consumistas de la publicidad, e inmersa en la trivialidad o banalidad del presente; un mundo cambalachesco, uniforme, donde triunfan las modas más huera y los gustos más chabacanos. De ahí que nos preguntemos cuál es la misión del intelectual, del artista, en un mundo que los ningunea, que los aplasta.

“Venecia”, esa ciudad lacustre encantada y celebrada a lo largo de los siglos, es como una baliza orientadora en este mar de recuerdos del poeta, una ciudad donde todavía se oyen los ecos de los *concerti* de Vivaldi, ciudad de Mozart y Lord Byron. Mas ante todo Venecia es –para nuestra generación al menos– la ciudad de la gran película de Luchino Visconti, inspirada en la novelita homónima de Thomas Mann, *La muerte en Venecia*, con aquellas inolvidables primeras secuencias del film donde el *vaporetto* en que viaja Aschenbach, el protagonista, se va acercando al muelle de la ciudad, mientras, desde la neblina, se eleva el *adagietto* de la *Quinta Sinfonía* de Gustav Mahler.

En “Significado”, el poeta reflexiona sobre el sentido último de la Poesía, la expresión más alta a la que puede aspirar una lengua. Se nos presenta un dilema, aparentemente irresoluble: ¿es el autor capaz de juzgar objetivamente su propia obra?, ¿no pueden ser el orgullo y la vanidad autoriales anteojeras para el cabal aquilatamiento de una obra de arte?

“Tu nombre en el Estrecho”, “esbozo musical y cromático”, es un canto de amor; de amor a su esposa Carmen, nombre evocador de la música, el huerto y el jardín (¿el Jardín de las Hespérides?). Canto al amor ante el Estrecho de Gibraltar, donde mares se hermanan y confunden (como cantaba Farid Al-ttrach).

En la segunda parte –o movimiento– del libro, ‘Gris color del horror’, contiene tres poemas admirables: “Mujer sin patera”, “África, recuerdo extremo”, “Al hilo de Rousseau”. Son poemas de denuncia social (no en vano se cita *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso), de solidaridad con los pobres, con los parias de la tierra, con esos emigrantes que, huyendo del hambre y/o de la guerra, se arriesgan a cruzar las peligrosas aguas del Estrecho de Gibraltar. Leyendo el poema, se nos vienen a la mente algunas de las fotografías de Sebastiao Salgado (en la tradición de Jacob Riis y Lewis Hines), imágenes desgarradoras de genocidios y desastres ecológicos de dimensiones apocalípticas.

En la tercera y última parte del poemario, ‘Destellos del misterio’, late la resignación, pero también la esperanza. El poeta, el hombre, se sitúa ante un mar primigenio, primordial, origen de la vida. Es el momento de las grandes preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿hay algo más allá de la muerte?

“Tejados marinos” (I y II) nos presenta un mar místico, un mar protector (el cielo de Paul Bowles), un mar que habrá de consolarnos tras ese goytisoliano “paisaje después de la batalla”.

En suma, con la publicación de *Los mares de otoño*, Antonio Monclús se reafirma como un magnífico poeta, dueño de un singular discurso y lúcida mirada de nuestro tiempo.

GERARDO PIÑA-ROSALES

*Lehman College & Graduate Center (CUNY), ANLE y RAE*

Benet, Susana. *La enredadera (Haikus reunidos)*. Sevilla: Renacimiento, 2015, 190 p. ISBN: 978-84-16246-89-2. Impreso.

Ha sido para mí un encargo sumamente grato el que me hizo Susana Benet al pedirme que prologara *La enredadera*, esta antología de sus haikus. Ya me era conocido su arte en poesía; concretamente en haiku, a través de *Faro del bosque* (2006), y también en poemas algo más extensos y sin rima, como los incluidos en *La durmiente*